

**SELECTED WORKS  
OF GUSTAVO A.  
BECQUER**

Published @ 2017 Trieste Publishing Pty Ltd

ISBN 9780649700806

Selected Works of Gustavo A. Becquer by Gustavo A. Becquer & Fonger De Haan

Except for use in any review, the reproduction or utilisation of this work in whole or in part in any form by any electronic, mechanical or other means, now known or hereafter invented, including xerography, photocopying and recording, or in any information storage or retrieval system, is forbidden without the permission of the publisher, Trieste Publishing Pty Ltd, PO Box 1576 Collingwood, Victoria 3066 Australia.

All rights reserved.

Edited by Trieste Publishing Pty Ltd.  
Cover @ 2017

This book is sold subject to the condition that it shall not, by way of trade or otherwise, be lent, re-sold, hired out, or otherwise circulated without the publisher's prior consent in any form or binding or cover other than that in which it is published and without a similar condition including this condition being imposed on the subsequent purchaser.

[www.triestepublishing.com](http://www.triestepublishing.com)

**GUSTAVO A. BECQUER & FONGER DE HAAN**

**SELECTED WORKS  
OF GUSTAVO A.  
BECQUER**



Ruth Lansing  
'05.

# SELECTED WORKS

OF

GUSTAVO A. BECOUER

*EDITED BY*

FONGER DE HAAN, PH. D.

*Associate Professor of Spanish, Bryn Mawr College*



NEW YORK  
HENRY HOLT AND COMPANY

1904

## CONTENTS

	PAGE
✓ LAS HOJAS SECAS . . . . .	I
✓ LA CUEVA DE LA MORA . . . . .	7 X
✓ LA AJORCA DE ORO . . . . .	13
✓ LOS OJOS VERDES . . . . .	23
✓ LA PROMESA . . . . .	34 X
✓ LA ROSA DE PASIÓN . . . . .	50 X
✓ CREED EN DIOS . . . . .	63
✓ EL BESO . . . . .	79
✓ LA CRUZ DEL DIABLO . . . . .	99
✓ LA CORZA BLANCA . . . . .	120
✓ EL CRISTO DE LA CALAVERA . . . . .	146
✓ MAESE PÉREZ EL ORGANISTA . . . . .	162
✓ LA VENTA DE LOS GATOS . . . . .	184

### RIMAS

✓ I . . . . .	Yo sé un himno gigante . . . . .	203
✓ II . . . . .	Saeta que voladora . . . . .	203
✓ IV . . . . .	No digáis que agotado su tesoro . . . . .	204
✓ V . . . . .	Espíritu sin nombre . . . . .	206
✓ VII . . . . .	Del salón en el ángulo oscuro . . . . .	209
✓ X . . . . .	Los invisibles átomos del aire . . . . .	210
XII . . . . .	Porque son, niña, tus ojos . . . . .	210
XVII . . . . .	Hoy la tierra y los cielos me sonríen . . . . .	212
XIX . . . . .	Cuando sobre el pecho inclinas . . . . .	212
✓ XXI . . . . .	¿Qué es poesía?—dices mientras clavas . . . . .	213
✓ XXIII . . . . .	Por una mirada, un mundo . . . . .	213
✓ XXVII . . . . .	Despierta, tiemblo al mirarte . . . . .	213

RIMAS	PAGE
XXX. . . . .	Asomaba á sus ojos una lágrima . . . . . 215
XXXIII . . . . .	Es cuestión de palabras, y no obstante . . . . . 215
XXXIV . . . . .	Cruza callada, y son sus movimientos . . . . . 215
XXXVII . . . . .	Antes que tú me moriré: escondido . . . . . 216
XXXVIII . . . . .	Los suspiros son aire y van al aire. . . . . 217
XLI . . . . .	Tú eres el huracán y yo la alta . . . . . 218
XLV. . . . .	En la clave del arco mal seguro . . . . . 218
XLIX. . . . .	Alguna vez la encuentro por el mundo . . . . . 219
LI. . . . .	De lo poco de vida que me resta . . . . . 219
LII. . . . .	Olas gigantes que os rompéis bramando. . . . . 220
LIII . . . . .	Volverán las oscuras golondrinas . . . . . 220
LIV . . . . .	Cuando volvemos las fugaces horas . . . . . 221
LVI . . . . .	Hoy como ayer, mañana como hoy. . . . . 222
LXI . . . . .	Al ver mis horas de fiebre . . . . . 223
LXIV. . . . .	Como guarda el avaro su tesoro . . . . . 224
LXIX. . . . .	Al brillar un relámpago nacemos . . . . . 224
LXX. . . . .	¡Cuántas veces al pie de las musgosas . . . . . 225
LXXIII . . . . .	Cerraron sus ojos . . . . . 226
LXXIV . . . . .	Las ropas desceñidas . . . . . 230
LXXVI . . . . .	En la imponente nave . . . . . 231

## LAS HOJAS SECAS

EL sol se había puesto: las nubes, que cruzaban sobre mi cabeza, iban á amontonarse unas sobre otras en el horizonte lejano. El viento frío de las tardes de otoño arremolinaba las hojas secas á mis pies.

Yo estaba sentado al borde de un camino, por donde siempre vuelven menos de los que van.

No sé en qué pensaba, si en efecto pensaba entonces en alguna cosa, cuando solo y en medio de la escueta llanura oí hablar cerca de mí.

Eran dos hojas secas las que hablaban, y éste, poco más ó menos, su extraño diálogo:

—¿De dónde vienes, hermana?

—Vengo de rodar con el torbellino, envuelta en la nube del polvo y de las hojas secas nuestras compañeras, á lo largo de la interminable llanura.  
¿Y tú?

—Yo he seguido algún tiempo la corriente del río, hasta que el vendaval me arrancó de entre los juncos de la orilla.

—¿Y adónde vas?

—No lo sé: ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?



— ¡Ay! ¿Quién diría que habíamos de acabar amarillas y secas arrastrándonos por la tierra, nosotras que vivimos vestidas de color y de luz meciéndonos en el aire?

— ¿Te acuerdas de los hermosos días en que brotamos; de aquella apacible mañana en que, roto el botón que nos servía de cuna, nos desplegamos al templado beso del sol como un abanico de esmeraldas?

— ¡Oh! ¡Qué dulce era sentirse balanceada por la brisa á aquella altura, bebiendo por todos los poros el aire y la luz!

— ¡Oh! ¡Qué hermoso era ver correr el agua del río que lamía las raíces del añoso tronco que nos sustentaba, aquel agua limpia y trasparente que copiaba como un espejo el azul del cielo, de modo que creíamos vivir suspendidas entre dos abismos azules!

— ¡Con qué placer nos asomábamos para vernos retratadas en la temblorosa corriente!

— ¡Cómo cantábamos juntas imitando el rumor de la brisa y siguiendo el ritmo de las ondas!

— Los insectos brillantes revoloteaban desplegando sus alas de gasa á nuestro alrededor.

— Y las mariposas blancas y las libélulas azules se paraban un momento en nuestros bordes á contrastarse los secretos de ese misterioso amor que dura un instante y les consume la vida.

— Cada cual de nosotras era una nota en el concierto de los bosques.

— Cada cual de nosotras era un tono en la armonía de su color.

— En las noches de luna, cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras?

5 — Y referíamos con un blando susurro las historias de los silfos que se columpian en los hilos de oro que cuelgan las arañas entre los árboles.

— Hasta que suspendíamos nuestra charla para oír embebecidas las quejas del ruiseñor, que había  
10 escogido nuestro tronco por escabel.

— Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos que, aunque llenas de gozo al oírle, nos amanecía llorando.

— ¡Oh! ¡Qué dulces eran aquellas lágrimas  
15 que nos prestaba el rocío de la noche y que resplandecían con todos los colores del iris á la primera luz de la aurora!

— Después vino la alegre banda de jilgueros á llenar de vida y de ruidos el bosque con la albo-  
20 rozada y confusa algarabía de sus cantos.

— Y una enamorada pareja colgó junto á nosotras su redondo nido.

— Nosotras servíamos de abrigo á los pequeños contra las molestas gotas de la lluvia en las  
25 tempestades de verano.

— Nosotras les servíamos de dosel y los defendíamos de los importunos rayos del sol.

— Nuestra vida pasaba como un sueño de oro, del que no sospechábamos que se podría despertar.

30 — Una hermosa tarde en que todo parecía sonreír á nuestro alrededor, en que el sol poniente en-

cendía el ocaso y arrebolaba las nubes, y de la tierra ligeramente húmeda se levantaban efluvios de vida y perfumes de flores, dos amantes se detuvieron á la orilla del agua y al pie del tronco que nos sostenía.

5

— ¡Nunca se borrará ese recuerdo de mi memoria! Ella era joven, casi una niña, hermosa y pálida. Él le decía con ternura: — ¿Por qué lloras? — Perdona este involuntario sentimiento de egoísmo, le respondió ella enjugándose una lágrima; lloro 10 por mí. Llora la vida que me huye: cuando el cielo se corona de rayos de luz, y la tierra se viste de verdura y de flores, y el viento trae perfumes y cantos de pájaros y armonías distantes, y se ama y se siente una amada, ¡la vida es buena! — ¿Y por 15 qué no has de vivir? insistió él estrechándole las manos conmovido. — Porque es imposible. Cuando caigan secas esas hojas que murmuran armoniosas sobre nuestras cabezas, yo moriré también, y el viento llevará algún día su polvo y el mío ¿quién 20 sabe adonde?

— Yo lo oí y tú lo oíste, y nos estremecimos y 21 callamos. ¡Debíamos secarnos! ¡Debíamos morir y girar arrastradas por los remolinos del viento! Mudas y llenas de terror permanecíamos aun 25 cuando llegó la noche. ¡Oh! ¡Qué noche tan horrible!

— Por la primera vez faltó á su cita el enamorado ruiseñor que la encantaba con sus quejas.

— Á poco volaron los pájaros, y con ellos sus 30 pequeñuelos ya vestidos de plumas; y quedó el nido